

La teología de Antonio Machado

HABLAR de la «teología» de Antonio Machado pudiera ser precencioso o quizá inútil. Sin embargo, no es así ni mucho menos. Cuando aquí hablo de «teología», lo estoy haciendo en un sentido estrictamente *confesional*, porque hay muchos que confunden «teología» con «ciencia de la religión».

S. Serrano Poncela cree que "*Machado nunca fue una conciencia religiosa profunda ni en él se dramatizó como pura vivencia la correlación entre el hombre y la divinidad... Esto no implica que en la poesía de Machado no se dé el tema de Dios. Se da, en efecto; mas, conforme indiqué, viene proyectado desde fuera, como un problema de conocimiento* (1), como diría Kierkegaard, «sin temor ni temblors»".

A esta hipótesis de Serrano Poncela contesta, por su parte, Aurora de Albornoz (2) que en la poesía de Machado *nada* viene de fuera: *todo surge de dentro*. Es poeta —al menos en su mejor poesía— donde todo parte de vivencias. Y los poemas del Dios de Martín y Mairena pertenecen, sin duda, al mejor Machado.

Ahora bien —continúa A. de Albornoz—, si por «religioso» entendemos adscrito a una religión establecida, practicante de ella, ciertamente Antonio Machado no lo era. A pesar de haber sido bautizado, su hogar no puede decirse que fuese típicamente católico. Su padre, Antonio Machado Alvarez, abogado, licenciado en letras, era el único hijo del catedrático de la Universidad, don Antonio Machado Núñez. Eran los tiempos en que la monarquía de los Borbones acababa de restaurarse gracias al pronunciamiento del general Martínez Campos. Cánovas del

Castillo presidía el primer Gobierno del joven rey Alfonso XII, y su ministro de Fomento había extremado su rigor a favor de las corrientes de intolerancia, que había sucedido a la crisis revolucionaria de 1868-1873. Un decreto, acompañado de una circular de dicho ministro, fechados el 26 de febrero de 1875, constituía una intervención partidista en la labor de los profesores universitarios y de hecho anulaba la libertad de cátedra. Numerosos profesores se negaron a acatar dichas disposiciones: entre ellos estaba don Antonio Machado Núñez.

No era de extrañar —dice M. Tuñón de Lara (3)— aquella actitud. Don Antonio Machado Núñez había sido gobernador de Sevilla durante el Gobierno provisional de Prim en 1869, y más tarde rector de aquella Universidad. Aquel hombre, que siendo joven abandonó empresas lucrativas en Guatemala para estudiar Medicina en París, donde llegó a ser ayudante del sabio doctor Orfila, trocó luego la Medicina por las Ciencias Naturales. Y su nombre figuró entre la pléyade de intelectuales de espíritu renovador que, siguiendo a Sanz del Río, hizo escuela en España a partir de 1865 con el nombre de *krausismo español*. El doctor Machado Núñez fundó así, en unión del sacerdote don Fernando de Castro y Pajares —rector de la Universidad Central tras el triunfo de la revolución de septiembre de 1868— la REVISTA DE FILOSOFIA Y CIENCIAS.

Tenía nuestro poeta tan sólo quince meses cuando se fundó en Madrid, como réplica a la intransigencia docente oficial, la Institución Libre de Enseñanza, inspirada y creada por Giner de los Ríos, cuyo proyecto concibió en los días de la primavera de 1875, cuando estaba

preso en el castillo de Santa Catalina de Cádiz. Por aquel entonces le fueron hechas a Giner proposiciones de fuente británica, encaminadas a crear una Universidad libre en Gibraltar. Pero se negó rotundamente, creyendo que su misión estaba dentro de su propio mundo.

Por fin, el 29 de octubre de 1876 se crea la INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA. Esta fecha es decisiva para Antonio Machado Ruiz, que por aquel entonces contaba un año de edad. Allí será educado a partir de los ocho años, y el espíritu de la Institución contribuirá poderosamente a moldear el suyo propio. Allí aprendió el sentido de la tolerancia, el respeto al criterio ajeno, la estimación del trabajo en los primeros planos de la escala de valores.

Sin embargo, no hay que creer —observa Tuñón de Lara (4)— que la vida y la obra de Machado hay que interpretarla sola y exclusivamente por las ideas recibidas en la «Institución», sobre todo en lo que se refiere a esa pedagogía «elitista» que tan ausente está de aquel hombre del pueblo que se llamó Antonio Machado Ruiz.

Como vemos, pues, la trayectoria religiosa de Machado no lo encuadraba en aquellos rigidos casilleros del *nacionalcatolicismo*. El pertenecía a un ambiente liberal, donde la ficha religiosa no marcaba socialmente a la persona, pero donde, al mismo tiempo, había la suficiente libertad de espíritu para mirar de frente un fenómeno tan interesante como el cristianismo, a pesar de los envases histórico-culturales dentro de los cuales se presentaba a la serena reflexión de nuestro poeta.

Era todo lo contrario de Miguel de Unamuno: éste era un vasco nacido y criado en el severo contorno de un catolicismo intransigente. Así se explica el tono «agónico» de su problemática religiosa en contraste con la serenidad nativamente liberal de Machado. Y, además, no hay que olvidar la diferencia que a este respecto puede haber entre un vasco y un andaluz, ambos *practicantes* de su propia peculiaridad local.

José María GONZALEZ RUIZ

(1) *Antonio Machado, su mundo, su obra*. Ed. Losada, Buenos Aires, 1954.

(2) *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*. Ed. Gredos, Madrid, 1968, pág. 237.

(3) *Antonio Machado, poeta del pueblo*. Ed. Nova Terra, Barcelona, 1967, página 13.

(4) *Op. cit.*, pág. 16.